

## El arte de rescatar la historia y construir la biografía

Por Luz Mary Giraldo

Poeta, ensayista y crítica literaria colombiana

Escribir es una forma de rescatar del olvido. Dice el alter-ego de Raúl Vallejo en *El perpetuo exiliado* (2016), quien pone al lector al tanto de los orígenes y fuentes de la ficción y da cuenta de su propia conciencia de escritura. La historia política y social de Ecuador y la de José María Velasco Ibarra, un “jubilado a fuerza de destierros”, son reescritas aprovechando tantas perspectivas como autores se han referido al respecto, al hacer que formen parte de la escena como personajes o intercalando fragmentos de sus textos, cuyo resultado sumado a la fantasía, converge en la *novela collage*.

Ésta no es solamente una novela histórica, sino además biográfica, con dosis de autobiografía y componente lírico, en la que se muestran heridas del exilio. Dado el personaje central, se impone el conocimiento de lo sucedido durante más de cuatro décadas, relacionado con la visión del político que, además de haber sido presidente en cinco ocasiones, cuatro de ellas depuesto, es mostrado con las contradicciones de un ser humano, tan enamorado de sus ideas y concepciones de gobierno como de Corina, su segunda esposa, la poeta y pianista argentina compañera de vida y convencida como él de ser el redentor de su querida “chusma” y el quijote que por sus convicciones lucha contra molinos de viento. Y es en relación que el presidente vive sus remansos y la novela asume el tono lírico.

Y si se le pide cuentas a la historia de Ecuador al confrontar la política y sucesos cotidianos con sus tragedias en las que están implicados algunos representantes de las fuerzas de la ley y el orden, también se enfrentan tendencias que muestran tradición y oposición, búsquedas renovadoras y desarrollos de la izquierda, relaciones o conflictos con países vecinos, episodios de la Segunda Guerra Mundial, intervención del gobierno norteamericano y otras circunstancias que nos definen.

Pero es el énfasis en el personaje real, “el perpetuo exiliado”, lo que da nueva vida a la historia. Pues si todo lo que se narra aquí corresponde a lo que se consigna como verdadero, el novelista le da nuevo soplo vital al relacionarlo con el tránsito constante de su personaje, del gobierno al exilio, y asumirlo como un ser vital del que además de su trayecto político se muestra su fragilidad y dependencia: necesitado de su mujer y saberse un político retirado cuya presencia en la historia de su patria es “un pesado manto, hecho de retazos de pasiones, extendido alrededor de medio siglo” y de quien Corina se deslumbra al conocerlo con esa “mirada de huérfano” y “la madurez adusta” que lo hacía lucir “viejo desde siempre”.

La novela se abre y cierra sugestivamente con la muerte. Inicia con la de Corina, que a pesar de ser trágica se ofrece de manera evanescente, respondiendo a su carácter. Y finaliza con la de él tres semanas después, extrañándola a ella y con el tormento de voces dolientes y miradas fantasmales que lo acosan. La discreción de ella se hace evidente hasta en su muerte, mientras en él sobresale el espectáculo doloroso de su entierro, en esa procesión que “parecía un animal herido que se arrastraba por los laberintos de esas calles coloniales de casas viejas y esquinas hediondas por la basura y la pegajosa humedad de la orina y los excrementos, calles abandonadas por la desidia municipal, un animal que gemía durante las letanías tristes hasta que llegó al cementerio de San Diego y se transformó en un conglomerado de dolientes que, agitando sus

pañuelos blancos, despedía a aquel que, a partir de ese momento, se convertiría en el padre inolvidable de la chusma gloriosa”.

Historia y personaje van y vienen por los siete capítulos, mientras en seis interludios, como en la música, se producen descansos a tanta peripecia en “ese país plagado de conspiradores” y episodios trágicos, logrando que el lector tome aliento para lo que sigue. Y es la pausa desde ese tono personal donde se cuenta de dónde viene la novela, qué significa recibir un legado, en este caso el de un abuelo a su nieto —ahí lo autobiográfico—, cómo es que una vida y una historia reclaman nuevas escrituras, cómo se documenta el autor y qué debe hacer con los ensayos, otras ficciones, conversaciones, testimonios, canciones y poemas, en fin, documentos reales que alimentan una vez más la fantasía creativa para atreverse a reescribir sobre lo conocido y dar una nueva versión del personaje.

Sólo así, diría Raúl Vallejo y espero no malinterpretarlo, es posible escribir historia y biografía: desde la ficción que se apropia de lo dicho e inventa sobre lo dicho, agregando a las fuentes existentes otras que pareciéndolo son ficticias. Es decir, salvar del olvido lo vivido, que es también lo sentido. De ahí la frase casi al final: “los escritores construimos la realidad de las palabras, esa que permanece en el volátil presente que es el tiempo del mundo, la única con la que nos es posible rescatar del olvido a la vida”.

Se trata de una paradoja: construir desde la conjetura histórica para reinventarla con los moldes de la ficción y poner en diálogo lo sabido y lo desconocido.

*Bogotá, 23 de abril de 2016*